PANORAMA

16

LA MISANTROPIA DE DEGAS

Por GEORGE SLOCOMBE

EDGARD Degas (su nombre completo era Hilaire Germain Edgard Degas), nació en París el 19 de julio de 1834. Su padre fue un banquero llamado Auguste Degas, o de Gas, del tipo de banqueros de estilo antiguo descritos por Balzac. A los veintitrés años el hijo se hizo dos autoretratos. Uno de ellos, al óleo, representa un joven en quien apunta ya el bozo, pero aun imberbe, con los anchos y brillantes ojos italianos de sus antepasados maternos, quienes provenían del Sur de los Alpes, y el largo cabello, grueso y obscuro. El segundo retrato, un grabado al agua fuerte, representa un joven pensativo, con la faz orlada por una ligera barba; lleva puesto un sombrero blando, negro, y sus ojos muestran ya esa debilidad que, juntamente con la psicológica, había de afligir toda la vida del artista.

Era Degas en esta época alumno de la famosa academia de Gabriel Gleyre. Su biografía se desconoce con anterioridad a este momento. Se sabe, sin embargo, que en su adolescencia pasó varios años en Italia, entre sus parientes maternos y que frecuentó entonces asiduamente las galerías de los viejos maestros. Su primera atracción en la pintura fue hacia los temas históricos, muy en boga entonces. Sentía, pues, una grande admiración por Ingres. Y, por causa de sus tradiciones burguesas y de su ambiente, Degas se sentía impulsado hacia la representación de las llamadas escenas nobles de la edad clásica de Grecia y Roma, tal como estas escenas eran reconstruídas en los estudios de los maestros del día. El milagro consistió en que, a pesar de haberse encontrado absorbido por dicha tradición académica, consiguiera Degas verse libre de ella, y viniera a convertirse en uno de los líderes de la nueva escuela realista, revelando un talento fuerte como historiador social y como dibujante despiadado del mundo humilde y desconocido de París.

En 1863, Degas así como Manet, figuraron entre los no admitidos del *Salón*, y se acogieron, como Whistler, al *Salón de los Rechazados*. Hasta 1870, Degas continuó enviando sus cuadros al Salón oficial, con éxito vario. De aquí en adelante, figuró solamente en las exposiciones de los Impresionistas y en las galerías de pintura no oficiales. Fue Degas, si no el inspirador, por lo menos el organizador principal de la primera exposición realizada por los Impresionistas en la galería Nadar, en 1874, y, si bien logró persuadir a algunos de los pintores, escultores y grabadores menos avanzados a unirse con el pequeño núcleo de los Impresionistas, ni estos trabajos ni los suyos propios escaparon a la general reprobación con que el público respondió a este primer llamamiento de los nuevos pintores.

A los treinta y ocho años, huyendo del nuevo régimen democrático, Degas emprendió el vuelo como un emigrante aristócrata, al lugar del mundo en que la moral y las costumbres de la Francia realista no habían sido barridas todavía por la marea creciente de la democracia, a Nueva Orleans. Este vuelo del artista obedeció a un repentino impulso impremeditado para reunirse con su hermano René, quien desde hacía algunos años se hallaba establecido en aquel puerto, como corredor en el mercado del algodón.

Degas pasó varios meses en la Luisiana, y, en una pintura para la Bolsa de Cambio del mercado algodonero de Nueva Orleans, ejecutó un admira-

ble retrato: el de su hermano René, y otro de la esposa de éste.

A su regreso a Francia, el pintor se había hecho aún más taciturno si esto es posible; se había adentrado aún más en sí mismo.

Ocurre en esta época la transición de la segunda fase de Degas a la tercera. Mientras, como pintor del género histórico, en su juventud había dado a las mujeres de sus cuadros las nobles actitudes exigidas por el convencionalismo clásico, he aquí que ahora las dibujaba y pintaba casi exclusivamente en actitudes de humildad o de sumisión respecto del sexo masculino. Mujeres entregadas a las tareas domésticas, exhaustas tras las agotadoras disciplinas del ballet, tambaleantes bajo el peso de pesadas cestas de ropa blanca, o cantando para un auditorio masculino, bajo las luces vívidas del café cantante.

Las dibujaba el artista con áspera fidelidad, desdeñosamente, sin el menor halago, con indiferencia absoluta para aquellas sus íntimas tragedias. Seguía siendo en esto un historiador de las clases altas, que se había impuesto la desagradable tarea de reseñar la vida y acciones de las capas sociales inferiores. Pero se advertía ahora un sutil cambio en la obra de Degas. A los ojos del artista estas modelos no sólo padecían una inferioridad social, sino también sexual.

Degas se había convertido en un misántropo, irascible, frustrado sexualmente, neurótico, con la idiosincracia del soltero impertinente. Sus pinturas de mujeres, incluso aquellas ingrávidas y exquisitas bailarinas del ballet, llevan en sí, ahora, un nuevo elemento trastornador: el pensamiento del desquite. Eran sí, hermosas. Ni una línea de las dibujadas por Degas deja nunca de ser bella. Sin embargo, para un psicólogo esta última y brillante fase de Degas revela elocuentemente la historia de una secreta lucha en la vida del artista. Pero, si bien este secreto nos lo revelan patentemente sus pinturas, ello es que no fue descifrado sino hasta después de la muerte del artista.

Una sorpresa aguardaba entonces a sus amigos, a los ejecutores e interesados en sus cuadros. En la venta póstuma que se hizo de sus telas, fue presentada una reclamación ante los tribunales de París, por los representantes de sus hijos legales. Degas, sin que nada se supiese sobre el particular, había contraído matrimonio con una joven, durante su breve estancia en Nueva Orleans, hacía ya cerca de cincuenta años. Esta demanda no podía ser rechazada. Quedó descubierto así el secreto de la misantropía de Degas, de su cambio de manera ocurrido poco tiempo después de su regreso de Nueva Orleans, de su aparente soltería y de su irascible obsesión ante la inferioridad sexual y social de la mujer.

Ciertamente, databa de su misterioso paso por América el principio de la final etapa de Degas. Se había encerrado el artista en sí mismo. Se había tornado susceptible, reservado y melancólico. Había reñido uno tras otro con sus más íntimos amigos y compañeros de arte. Cuando Manet, a quien él admiraba y respetaba, borró la figura de Mme. Manet del retrato que Degas había hecho de ambos, nuestro pintor dejó una naturaleza muerta, pintada por Manet, a la puerta de su estudio, junto a las botellas de la leche para el desayuno, con este desdeñoso recado: "Le devuelvo a usted sus ciruelas". ¿Qué más? Degas acabó por alejar de su amistad hasta al gentil soñador y leal Pizarro, a quien había animado a dedicarse a la litografía y que por largos años había mantenido relaciones amistosas con el misántropo, cuando éste, por su genio áspero y sus amargos sarcasmos, había ya roto toda amistad con los compañeros de su primera juventud; lo había despedido Degas con esta dura frase: "No quiero ya que nadie me moleste".

A medida que el artista había ido envejeciendo, su talento despertaba un respeto tan grande como su arte, como su vida solitaria, como sus excentricidades. Bien conocidos son los sarcasmos que le merecieron algunos de sus contemporáneos, así como los críticos de arte. Así, cuando Bonnat le mostró una tela pintada por uno de sus discípulos y que representa un guerrero con arco y flechas, al preguntarle Bonnat: "¿No es verdad que está apuntando bien?" "Sí—contestó Degas con ironía—tiene la mira puesta en una medalla".

Sus juicios acerca de pintura eran siempre acertados y los expresaba, a veces, brillantemente: Así, ante una composición de Roll, intitulada *Le Travail*, Degas exclamó sutilmente: "Veo aquí cincuenta figuras; lo que no veo es una multitud. Y es que la multitud un pintor la representa con cinco figuras, no con cincuenta". Y, acerca de los penosos esfuerzos que hacía el robusto Albert Bernard por aparecer ligero, Degas solía decir: "He aquí un hombre que intenta danzar con zapatos de plomo".

Ese secreto deseo de venganza que hizo presa en Degas desde su desgraciada aventura en Nueva Orleans, le inducía representar toda sus figuras de sexo femenino condenadas a constante servidumbre—tal como si fuesen muebles y no mujeres—. A todas las mujeres de sus cuadros las estigmatizaba con aquel fracaso que él mismo había sufrido a manos de ellas en su propia vida.

Pero, aunque cruel, nunca pecó por exageración o inexactitud. Sus trabajos tienen todos un valor de documentos, tan precisos y completos son respecto a la vida, el ambiente social y las condiciones así físicas como intelectuales de sus modelos. Y esto lo mismo cuando se trata de sus coetáneos e iguales en posición social, como cuando se trata de esas bailarinas, lavanderas o molineras que Degas dibujó en su búsqueda incesante de realismo.

Su reputación se había ido labrando trabajosamente. El entusiasmo por el realismo había pa-

sado, pero Degas no intentó cambiar de método ni de temas. Entre los artistas jóvenes, su obra y su personalidad eran tenidas en veneración. Pero ya en esta época Degas se había retirado de toda actividad creadora.

En 1912 Degas sufrió un golpe casi mortal con la demolición de sus habitaciones en la calle de Víctor Masse, en Montmartre, en donde había vivido por espacio de 25 años. Había adquirido por fuerza del hábito y de la vida solitaria, una mórbida afección de vieja ama de casa por el sombrío y melancólico departamento en que había vivido entre sus polvosos cuadros, sus esculturas, sus dibujos de Ingres y Delacroix y sus añoranzas de aquel mundo alegre y galante de los años del 60, cuando sus dioses aun vivían.

Sus ojos se habían debilitado ya a tal punto, que no se atrevía a atravesar la angosta calle de Montmartre sin la ayuda del policía de punto. El oído le faltaba ya también. Y aquel mal íntimo que roía su espíritu, le obligaba a caminar, a caminar siempre—ahora que ya no podía dibujar—y caminaba sin descanso, calle arriba y calle abajo, tentando las paredes para sentirse menos inseguro.

Ochenta años tenía Degas al estallar la guerra. Ya no podía trabajar, ni siquiera leer. Algunas veces preguntaba a sus amigos cómo iba la guerra: siempre decía "esa guerra de ustedes", y lo hacía, entonces, con un tono tal de indiferencia, cual si preguntara a su vieja sirvienta Zoe si la mermelada de naranja le había resultado bien. Unos cuantos de los viejos vecinos de Montmartre podían reconocerle en las calles y lo señalaban con respeto y vaga afección. Para el resto de los montmartrenses, no pasaba de ser aquel un viejecillo de largo pelo y breve barba blanca, con un andrajoso y lustroso abrigo negro; con algo, en fin, en todo su aspecto, que hacía recordar sus antiguos modelos italianos. Cierto día, en un taller, la empleada de la caja lo confundió con un mendigo y, compadecida de tan venerable y digna figura de mendigo, puso en sus manos un paquete de tabaco.

El tercer año de la guerra, cuando París era bombardeado en el día, por la monstruosa Bertha y en las noches por el Gothas, Degas llegó a su fin. Tenía 85 años y durante 16 había vivido casi olvidado, apenas presente en la memoria de unos cuantos viejos. La noticia de su muerte fue recibida casi con indiferencia y, solamente ya al fin de la guerra y con la súbita revelación de su tragedia doméstica y ante los cuadros de su estudio que revelaron los mejores frutos de su vida de creación, apareció en toda su talla y comenzó su actual popularidad.

De la revista *Coronet*, Chicago, E. U.

Aldous Huxley Novelista Autobiográfico

Por FERNANDO URIARTE

ALDOUS Huxley es un "dilettante" típico. Estudió medicina en Eton, pero terminó graduándose en literatura inglesa. Hizo crítica de música y arquitectura; fué leñador y profesor; durante la guerra desempeñó un puesto en la burocracia.

Se inicia en la novela y se consagra como un escritor de originalidad y tendencia sin precedentes. Entre titubeos y aciertos magníficos llega a la cima (o a la sima) de su "Contrapunto"; auto de fe solemne, sátira glacial, confesión disimulada de un hombre atento sobre sí.

Huxley describe en "Contrapunto" toda su varia y rica personalidad; sus posibles sinos. La disciplina científica le permite disecar su Yo y exponerlo objetivamente, cruelmente: Walter Bildlake, Phillips, Quarles. Esta crueldad consigo mismo es exacerbada, agudizada, cuando se demora en un tipo al parecer extraño, por ejemplo Dennis Burlap, tipo de intelectual cínico e hipócrita, don Juan de mujeres sentimentales, pagado de sí mismo, necesitado del halago y la admiración ajena.

¿Se puede conocer tan profundamente el "método" de Dennis Burlap, sin serlo un poco dentro de sí?

Aquí está el peligro, Mr. Huxley, riéndose de parientes y amigos, todos de notable capacidad espiritual, (biólogos, músicos y novelistas), llega, proponiéndosolo o no, a la confesión, a la confidencia, a la autobiografía.

"Contrapunto", novela de intelectuales. Inmediatamente se descarga sobre el lector una fuerte responsabilidad: he aquí un hombre que expone la filosofía y el sistema sentimental, las aventuras y querellas de personas que se dedican a exponer estas mismas cosas, succionándolas del prójimo.

"Un pensador serio no debería tener temperamento, no debería tener nervios, no tiene derecho a ser apasionado". Dice el viejo Quarles.

"La compañía de Rampión me deprime un poco porque él me hace ver el enome golfo que separa el conocimiento de lo evidente del hecho, de vivirlo efectivamente. Y ¡Oh, qué difícil es cruzar este golfo! Ahora me doy cuenta que el verdadero encanto de la vida intelectual—la vida consagrada a la erudición, a las investigaciones científicas, a la filosofía, a la estética—es su facilidad'.' Esto se declara a sí mismo Phillip Quarles en una libreta de apuntes.